



cierta el que fuera un verdadero archipiélago.

El primer paraje del nuevo continente que llamó necesariamente la atención del virey de las Indias, cuando quiso doblar la punta de Jeacos para reconocer la costa interior de la Trinidad, está comprendido entre el cabo del Morro y el del Medio, en el Delta del Orinoco.

En las inflexiones montuosas de la orilla las palmeras, los piraguas de lisas estipas lujosamente coronadas de penachos, los bombajes, entrelazados con las flores de oro de los banisteros, las pasifloras, las vainillas, confundidas con convólulos carmesí, los panchupanes de infinitos ramilletes de flores blancas, y sobre todo, los cirios, las raquetas y los cactus cilíndricos prestaban al terreno una fisonomía tranquila, en extremo diferente de la del fauno de las islas. Si se agrega á esto los racimos de fruto de formidables nopaleras, los vegetales punteagudos de hojas, sagitadas, el matiz verde oscuro, el tono ennegrecido de los pezones, la fuerza, el vigor de las plantas más insignificantes, y el azul del cielo, mas profundo, indicando nuevas condiciones de existencia, se tendrá una débil idea del carácter gigantesco de la region y del aspecto de su vegetación colosal. Algo inmenso y poderoso penetró la intuición del revelador del globo con su vista, pues conoció que no se hallaba bajo la influencia predominante de la humedad salitrosa; que la del mar cedia ante la abundancia del agua dulce, y que, al fin tocaba la tierra firme.

Como aquella perspectiva de uniforme follaje no le ofrecía ningún punto de reconocimiento, buscó por otro lado, y, después de haber bordeado por la costa interior de la Trinidad, divisó á la distancia de doce leguas al N. E. la cresta de un promontorio que suponía ser una prolongación de la tierra de Gracia, como así era en efecto. Hizo sacar agua del mar y la encontró de desagradable gusto para beberla. Inclínose á esta parte y sintió que una muy fuerte corriente la impelia al E. N. E., y al acercarse reconoció cerca del Lapa una embocadura más estrecha aún que la boca del Dragon: el ruido y agitación de las olas no era menor.

Viró de bordo y siguió la costa occidental, tanto con el objeto de encontrar otra salida,

como con el de comunicar con los habitantes del país. Cuanto más avanzaba, más grato iba siendo el sabor del agua. Así que se divisaron terrenos desmontados y cultivados, mandó á Pedro de Terreros con un destacamento para reconocerlos, el cual vió veredas abiertas, fuego, pescado, una casa sin techo y multitud de monos; pero ningún sér viviente. Prosiguió el almirante costeano ocho leguas más, y de nuevo hizo saltar gente en tierra. Hallaron huertas excelentes, muchas tierras en cultivo, árboles cargados de frutas suculentas y de cierta clase de uva; mas no pudieron dar con un indígena. Estos, por razón del ejercicio obligado de sus principales sentidos, desde la más tierna infancia adquirían tal superioridad en el alcance de la vista y del oído y sutileza del olfato, que divisaban á los extranjeros antes de ser notados, y oían sus pasos y reconocían sus huellas, evitando así su encuentro: por eso lo mismo en tierra de Gracia que en la isla de la Trinidad no pudieron los españoles lograr coger uno.

Era domingo aquel día, y Colon dispuso celebrarlo en la nueva tierra, de la que hizo tomar posesión en la forma acostumbrada. Erigióse una gran cruz (1) en un lugar culminante de la ribera, y el sagrado nombre del Redentor resonó sobre el suelo desconocido. En esta ceremonia representó al virey su honrado mayordomo, el capitán Pedro de Terreros (2), pues el malestar que le producía la oftalmía lo forzaba á permanecer encerrado en su cámara. El primer europeo que asentó planta en el nuevo continente fué, pues, Pedro de Terreros, y el segundo Andrés del Corral.

Al siguiente, lunes 6 de Agosto, ordenó Colon se bordeara inmediato á la costa: una pequeña canoa tripulada por cinco indios pasó por la proa de la carabela *El Correo*, que por su reducido tamaño y poco calado podía aproximarse mucho más que sus compañeras. El oficial les hizo señas, llamándolos y dándoles á entender que quería ir con ellos á la playa; lo

(1) «Una gran cruz hincada en tierra.»—Deposición de Hernando Pacheco en 8.º interrogatorio. Pleito. *Probanzas del almirante*.

(2) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 26.



comprendieron los naturales y se acercaron al costado con ánimo de recibirlo en su fragil eskuife; mas el español saltó de manera que lo volcó, y cuando los indios procuraban ganar la orilla á nado, los marineros se habían arrojado al agua, y les cortaban la retirada: cogieron los todos á salvo uno, y los condujeron á presencia del almirante (1).

Eran robustos y bien proporcionados, y su color recordaba su origen. Dióles Colon bujías, terrones de azúcar y cascabeles, lo que los colmó de alegría, y después los despidió. Según lo habían previsto, los indígenas, enterados del buen tratamiento de que fueran objeto sus compatriotas, acudieron presurosos á la orilla, deseando todos venir á bordo. Trajían en presente pan, agua deliciosa, un cierto brevaje verde, una especie de vino, carcajes, arcos y hasta flechas envenenadas: consideraban con indescriptible asombro á los españoles, los miraban con curiosidad, olfateaban con sensual presteza sus vestidos, sus chalupas y las bagatelas que recibían (2), y decían que los extranjeros tenían buen olor (3).

Al otro día, á ocho leguas de aquel lugar hácia Occidente, el almirante vió el cabo de la Aguja, cuya campiña era magnífica, y cuya playa estaba muy poblada. Mandé anclar, dice Colon, para recrearme contemplando tan hermosa tierra, su verdura y sus moradores» (4).

¶ Pero sólo á hurtadillas, por decirlo así, podía echar Colon una mirada sobre la opulenta region, pues su oftalmía no le permitía salir de la cámara. Interrogaba y le describían; y como por las apreciaciones de otros formaba su juicio, pareciendo delicioso el sitio lo llamó Los Jardines. En esto vinieron muchos indios á suplicarle de parte de su rey bajase á tierra, y no pudo acceder al convite: su aparente indife-

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los españoles en las Indias occidentales*, década 1.ª, lib. III, cap. IX.

(2) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 27.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los españoles en las Indias occidentales*, década 1.ª, lib. III, cap. XI.

(4) Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje, dirigida á los Reyes Católicos*.

rencia duplicó la curiosidad; y al «observar que nos hacia alto en ellos, se trasladaron en número infinito á los bajeles.» Eran de estatura elevada y cabellos negros y flexibles, que se ocultaban á medias en una tela de brillo con que ceñían la cabeza; los hombres no usaban más ropaje que un pañuelo atado al rededor de la cintura, y las mujeres lo mismo, pero más largo. Las canoas de los jefes eran grandes y ligeras, y estaban mejor construidas y con más comodidad que las de los otros indios, pues tenían en medio una camareta donde iban con sus esposas. La mayor parte de ellos se adornaban el cuello con planchas de oro del tamaño de una herradura, y parecían orgullosos de su adorno, aunque no hubo ninguno que no lo cediera gustoso por una campanilla: viéronse también mujeres con brazaletes de perlas finas, «que hicieron abrir los ojos á los castellanos» (1). Apuró Colon cuantos recursos estuvieron á su arbitrio para inquirir de qué lugar extraían el oro, y todos le indicaban una tierra muy elevada, á corta distancia, hácia poniente; pero, sin embargo, le aconsejaban no fuera, porque sus habitantes eran antropófagos. Preguntóles dónde recogían las perlas, y le señalaron también á Poniente y al Norte; mas aunque su deseo de reconocer por sí mismo aquellos parajes era grande, debió renunciar á él en atención á que las apremiantes necesidades de la colonia lo traían inquieto, y que los víveres que conducía para los de la Española iban averiándose cada vez más. Tampoco la carabela que mandaba, por su mucho calado, era á propósito para exploraciones de aquel género, y su salud, rendida con las continuas vigilias, y sus ojos, en un estado cercano á la ceguera, le hacían sentir la necesidad de llegar cuanto antes á la Española, desde la cual enviaria á su hermano D. Bartolomé á la prosecución de las descubiertas.

Dió Colon orden de hacer rumbo á Poniente, y lo mantuvo hasta que quedaron en tres brazas de agua. Ancló allí, y despachó más adelante á *El Correo* para que reconociera si el

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales*, década I, lib. III, cap. XI.



paso estaba franco. Llegó *El Correo* á la mitad de un gran golfo que rodeaban cuatro golfos más pequeños, en los que desaguaban muchos rios: el Pária, el Guarapiche, el Fantasima, el Cacao y el Caripe, y por todas partes halló cinco brazas de fondo. El agua era en extremo dulce, tanto que dijo Colon no haberla bebido nunca semejante. Puso á esta especie de mar interior el nombre de Golfo de las Perlas, que es el llamado de Pária. Esperaba dar con un estrecho al N., porque ni por el Mediodía, ni por Poniente habia salida; pero quedó cercado por todas partes por la tierra, y el 11 de Agosto, levandando ánclas, desandó el camino que trajo, para intentar echarse fuera por entre el cabo Pária y la isla de la Trinidad, peligroso paso al ENE., que con tanta prudencia evitó el 5 de Agosto. Y lo arrastraban con tal impetu las corrientes de aquel lado, que no pudo volver á ganar las orillas de los Jardines, que tanto hubiera deseado ver de nuevo. Por do quiera corria el agua cristalina y de buen beber.

Logró al dia siguiente echar el ancla junto al cabo de Pária, en un puerto que denominó de los Monos, á causa de la abundancia que habia de los tales cuadrumanos en los árboles vecinos, y quedó en él para santificar el domingo y con propósito de zarpar el lunes y franquear la temible angostura.

Acercáronse el lunes al estrecho.

La extremidad NE. de la isla de la Trinidad no está precisamente de frente al SO. del cabo Pária, pues entre la punta de la isla y la de la tierra firme hay muchas islas, que no dejan entre sí más que salidas impracticables á los buques; pero entre la mayor de estas islas y el continente americano se abre un paso ancho, de cosa de legua y media, y el único que puede aventurarse ménos inconsideradamente para desembocar en el mar Caribe. Sin embargo, en los meses de Julio y Agosto la abundancia de las lluvias y el desbordamiento de los grandes rios que desembocan en el golfo de Pária dan á las corrientes de agua dulce un impulso terrible. Esta masa se estrella contra las islas que se oponen á su camino, y de su lucha con las olas del mar resulta un estrépito semejante al de los hervideros y escollos.

Si para entrar en esa verdadera mar interior, que se llama golfo de Pária, hubo menester Colon del auxilio de la divina Providencia, su socorro no le fué ménos necesario para salir; así, insistiremos acerca de sus detalles, que nunca se han dado con exactitud, á pesar de que el verídico Herrera reconoció que en el desemboque en el mar Caribe «sufrió más el almirante que en la Boca del Dragon, cuando entró en el golfo; y que el peligro fué mayor todavía» (1).

Poco ántes del mediodía se hallaban las carabelas próximas al paso. Un espantoso concierto se advertía en las olas: el agua fluvial, impelida al mar, pugnaba con la salada, que la marea empujaba con toda su fuerza á la entrada del golfo, y las ondas se agitaban con tal soberbia que se levantaban en «montañas tan altas y con tan pavoroso estruendo, que hacian temblar de horror á los más decididos de á bordo.» Por lo cual conjeturó Colon que «los lechos de la corriente, y las colinas de agua que salian y entraban en aquellos caños con ruido tan formidable, provenian del choque del agua dulce oponiéndose á la entrada de la del mar, y de la del mar oponiéndose á la salida de la dulce» (2). Por falta de viento no podian contar los navegantes con el auxilio de las velas, y con razon temian ser arrojados por las corrientes contra los bajos y quedar destruidos entre las rocas de las dos orillas. En este aprieto confesó el virey que si conseguian escapar, podrian decir con sobrado motivo que habian sido libertados de la Boca del Dragon, «por lo cual quedó este nombre á aquel sitio» (3).

A pesar de la inminencia del peligro, aprovechando el almirante los soplos de una brisa de tierra, hizo avanzar las carabelas, y «no bien hubieron entrado en aquella especie de desfiladero, el viento amainó completamente, y estuvieron á punto de ir á estrellarse con los pe-

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales*, Década 1, lib. III, cap. XI.

(2) Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje dirigida á los reyes católicos*.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales*, Década 1, lib. III, cap. XI.



ñascos» (1). No invocó el virey en vano á su divino protector; que en la ora de más peligro lo acorrió el Altísimo. Arreció el viento, el agua dulce se hinchó, se dilató y alzó furiosa como una montaña; mas plugo al fin al Señor que al vencer á la salada los pusiese fuera. El poder del viento fué el medio de su salvacion; pero tal era la seguridad de Colon y su confianza en «la misericordia del que todo lo puede,» que en aquel momento solemne se ocupaba tranquilamente en las observaciones hidrográficas. Y acostumbrado á los prodigios del favor celestial ni aun mencionó este socorro maravilloso, y se limita á dejar consignadas sus observaciones con la heroica sencillez que lo caracteriza, diciendo: «Salí por la embocadura del N. y hallé que el agua dulce tenia la victoria, y cuando hube pasado, cosa que se llevó á efecto por influjo del viento, estando yo en la cumbre de una de las colinas líquidas, noté que, en los lechos de la corriente, el agua de la parte interior era dulce y la de la exterior salada» (2). Durante este sondeo, comenzaron á volver en sí de su consternacion los marineros.

Así que sus tres carabelas hubieron franqueado la espumosa Boca del Dragon, manifestó el virey públicamente su reconocimiento, «dando infinitas gracias al Señor, que lo habia libertado de los peligros del abismo» (3).

Hizo rumbo al NO., reconoció la costa interior de Pária, y señaló, en frente del cabo de los Tres Picos, las tres islas que llamó de Los Testigos, sin duda en alusion á los tres milagrosos acontecimientos de aquel tercer viaje, emprendido en nombre de la Santísima Trini-

(1) Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. X, cap. III.

(2) Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos*.

(3) Colon, dadas infinitas gracias al señor que le habia librado, etc. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 29.

dad. En seguida, dejando al NO. dos islas más lejanas, á las que puso, en honra de la santa virgen, Concepcion y Asuncion, llegó á la Margarita, verdadera joya de la naturaleza, isla revestida de suntuosas galas, rica y favorecida en los productos de su suelo y del mar que la circunda, y cubierta de cabañas (1). Luégo pasó á Cubagua, islote vecino, árido y triste, mas desde entónces, célebre por la pesca de sus perlas.

Seducido por sus descubrimientos habria proseguido Colon su viaje y entrado en el golfo de Venezuela, pasando por la costa de Caracas, más allá de Cumana, cuyo horizonte, eternamente puro y diáfano, ofrece á la admiracion del hombre, en la perpétua tranquilidad de sus noches, muchas constelaciones de ambos mundos, y reúne en los límites aéreos del antiguo hemisferio las sorpresas del cielo austral. De allí se divisan, como embutidos en el horizonte del N. los astros familiares á Europa: el Carrito, la Lira, Arturo, Sirio, Casiope y Orion, mientras que en los campos del espacio lucen las estrellas zenitales del Aguila y del Serpentario, la espléndida Nave, la Corona y la no ménos magnífica Cruz del Sur, y se dejan adivinar á lo léjos, como un vapor sublime, las Nubes Magallánicas. Pero tuvo que renunciar á ellos porque la corrupcion disminuía por horas los víveres que habia embarcado á su bordo, á costa de tanto trabajo. Su casi completa ceguera no le dejaba hacer observaciones, no podia tampoco sacar de su viaje nociones exactas, y corria peligro la salud de los tripulantes si se prolongaba el reconocimiento del nuevo continente. Resolvió, pues, poner la proa en demanda de la Española.

(1) Herrera, *Historia general de los viajes*, etc. Década 1, lib. III, cap. XI. Hoy la Margarita, totalmente despojada de sus bosques, ha perdido su frescura y belleza. Cultívase el algodón, la caña dulce en sus tierras más fértiles; lo demas parece triste y estéril.